

IN FOLIO

Entre Cartagena, Veracruz y La Habana

Por Homero Ávila Landa¹

Centro de Estudios de la Cultura y la Comunicación,
Universidad Veracruzana (México)

Ávila Domínguez, Freddy; Pérez Montfort, Ricardo & Rinaudo, Christian. (2011). *Circulaciones culturales. Lo afrocaribeño entre Cartagena, Veracruz y La Habana*. México: CIESAS, IRD, Universidad de Cartagena, Colmich. 323p.

Circulaciones culturales. Lo afrocaribeño entre Cartagena, Veracruz y La Habana está integrado por ensayos académicos que combinan el estudio histórico y cultural, orientados a describir y analizar expresiones culturales

que representan “lo afro” o lo “afrocaribeño” que va y viene entre las ciudades-puerto de Cartagena de Indias (Colombia), Veracruz (México) y La Habana (Cuba). Tenemos allí una baraja que, desde distintos abordajes académicos, expone diferentes modos y medios de re/producir, al menos desde hace un siglo, sentidos, pertenencias, proyectos, acciones y prácticas de lo afrocaribeño en tres espacios histórico-culturales conectados histórico-culturalmente. El libro incluye discusiones transversales, explícitas o insinuadas, sobre políticas culturales, procesos de patrimonialización (o de valorización y reivindicación de la cultura), identidades culturales y sobre la relación cultura-desarrollo centrada en el turismo cultural.

El documento organiza sus once ensayos (más las nutricias introducción y conclusiones) en tres bloques que permiten situar su contenido temático en las dimensiones política, económica y sociocultural-



¹ Doctor en Antropología Social del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS). Docente investigador de la Universidad Veracruzana de México. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores.

ciudadana: “1. La construcción de lo ‘afro’ en las políticas culturales”, “2. Mercantilización y puesta en escena” y “3. Los actores de la circulación cultural”. Más allá de los casos particulares abordados y las posturas teórico-metodológicas mediante las cuales se estudian las circulaciones culturales de lo afrocaribeño en las ciudades anotadas, debe subrayarse que estos análisis del desarrollo cultural mediante políticas, así como el estudio de la historia cultural contemporánea, consideran –de manera muy cercana a la concepción que de esos esfuerzos de ordenación simbólica de una sociedad dada ha desarrollado García Canclini (1987)– el rol jugado por 1) la intervención estatal de la cultura; 2) las fuerzas del mercado sobre la cultura, que imponen la lógica mercantil a bienes y prácticas culturales que impactan y median formas y fondos de culturas como la llamada “afrocaribeña”; y 3) la sociedad civil, organizada o no, o de quien haya representado el sector social o cívico activo en los procesos culturales –que también se revela–, están en busca de su “autenticidad”, su historia, su reconocimiento y recreación local-global, así como de sus reconfiguraciones inter/nacionales e intra/interregionales.

Desde el enfoque de las políticas culturales, observamos que representaciones, imaginarios y estereotipos de “lo afro” –fijaciones de pertenencias regional-culturales afrocaribeñas–, y su construcción, son producto en cada país de disputas atravesadas por relaciones de poder que animan movilizaciones que buscan revertir condiciones de subalternidad (esclavitud, explotación, empobrecimiento, marginación o ciudadanía precaria). Vemos, además, que en estas luchas tiene un lugar central la expresividad ligada a las artes de élite y populares (música, literatura, danza, teatro...), al grado de que han conformado procesos históricos específicos en los que algunos de sus protagonistas trazan *trayectorias* que resaltan como *redes* de creadores, promotores, intelectuales, investigadores. En *Circulaciones culturales* no faltan ejemplos de académicos e intelectuales que, además de estudiar, documentar, describir y teorizar sobre la condición de lo/s afrocaribeño/s, también intervienen, a veces desde instancias gubernamentales, en el devenir de las condiciones socioeconómicas, políticas y culturales de esas presencias culturales negras y mulatas.

Tenemos así que distintos movimientos culturales, fuertemente politizados o abiertamente políticos, son encabezados por intelectuales-académicos-políticos-activistas impulsores de proyectos antielitistas, como denomina Christian Rinaudo a las movilizaciones histórico-culturales contrahegemónicas, de un Estado-nación que se reblandecería sin deshacerse en el horizonte de la posmodernidad neoliberal y flexible. Esos intelectuales militantes lo son de causas

socioculturales para las que buscan justicia, reconocimiento, reivindicación histórica-cultural y/o materialización de derechos.

En este sentido, para el caso veracruzano y su condición negra o afro, Rinaudo señala la participación activa de intelectuales-académicos cercanos al quehacer del Instituto Veracruzano de la Cultura, y documenta intervenciones de una política cultural reivindicadora de lo afrocaribeño jarocho. Acción de éxito más bien cuestionable, si nos atenemos a la existencia incierta de una identidad y/o conciencia afroveracruzana como componente de la más amplia identificación afrocaribeña entre la ciudadanía porteña y en general veracruzana de orígenes africanos. Es válido aquí preguntarse qué tanto ha logrado inscribir el interés estatal lo “afro-veracruzano” en los jarochos.

Por su parte, centrada en la presencia contemporánea de un “repertorio musical y coreográfico llamado ‘afrocubano’ ” en Veracruz, el estudio de Kali Argyridis nos expone las rutas de llegada de ese muestrario (salido de Cuba, llegado a Nueva York, bajado a Xalapa y desembarcado en Veracruz puerto) a las ciudades de Xalapa y Veracruz, así como las impresiones y desavenencias entre sus representantes (músicos y bailarines) de una y otra ciudad, que los tienen aislados. Esos desencuentros reafirman la falta de huella histórica en/de esas escenas locales y muestran la flexibilidad instrumental con que se representa “lo afro” hoy en día en nuestras ciudades. Sobresale en ese trabajo la descripción y arquitectura de linajes de tamboreros locales que despliegan su quehacer cultural en forma de generaciones de relevo y en redes local-regionales y transnacionales que, en su promoción, hacen que esos repertorios relocalicen la afrocubanía contemporánea en ambas ciudades.

Pero si desde el enfoque de políticas encontramos sujetos sociales cuya agencia es explícita y base para la descripción y análisis de los eventos culturales afrocaribeños, siempre colocados en contextos históricos-políticos-económicos (marcos coloniales, independentistas, republicanos contemporáneos, de construcción de estados nacionales; globalización), desde las fuerzas del mercado las expresiones culturales “afro” más bien se ven sujetas a tensiones que instalan la cultura como bien comercial, que redimensionan bienes culturales en productos para el mercado cultural global en el que expresiones y experiencias de *otredad* tienen en su exotismo un plus mercantil.

Así, vemos con Peter Wade, en “La mercantilización de la música ‘negra’ en Colombia en el siglo XX”, que en los años 40 y 50 del siglo pasado, la música de la costa caribeña colombiana se puso de moda debido a la mercantilización, blanqueamiento incluido, de la música

“negra”, que, dice Peter Wade, no lo era tanto; pero que en ello halló el valor agregado que en el mercado cultural ofrecen los bienes asociados con lo auténtico-exótico, en este caso, con la experiencia sonora de la cultura versión afrocolombiana. Fue la mercantilización de esa música, y su modelación para alcanzar más altos rangos de su consumo, lo que también impulsó su difusión y circulación local-regional e internacional. En el caso abordado por Wade, lo mismo que en otras *dimensiones* afrocaribeñas (baile, relevancia del cuerpo, impronta racial), las mediaciones hechas por las industrias culturales, básicamente las del disco, cine y radio, han sido claves para circular y, sobre todo, para fijar estereotipos, imaginarios y representaciones de lo “afrocaribeño”. En este punto, el caso de la música costeña colombiana resulta una situación particular, ya que fue mercantilizada ante la ausencia de un estado interventor del desarrollo cultural.

Teniendo como fondo la globalización neoliberal, resulta interesante ver que, por un lado, el ángulo del giro cultural que tiene a las culturas como motor del desarrollo (económico) local-regional descansa en visiones internacionalizadas por un organismo-agente global, sin ser el único, como la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) –entidad centralmente impulsora del respeto multi e intercultural–. De esa relación cultura-desarrollo, sobresale el papel creciente alcanzado por el turismo cultural oferente de experiencias de otredad y de identidades y culturas ancestrales, exóticas desde luego, porque se yergue como alternativa a la incapacidad democrático-distributiva, por parte del Estado, de la riqueza de pueblos y naciones. Pero por otro lado, llama la atención la centralidad ganada por la cultura en los procesos de construcción de ciudadanía y democracia. Es en este punto donde de nuevo el tema de las políticas públicas de la cultura representa tanto intervenciones estatales, civiles y mercadológicas para el ordenamiento y desarrollo culturales consensados, cuanto significan espacios de lucha por la democratización (cuando menos lo que de democracia pase por esas políticas).

Parece válido pensar que las políticas culturales hacen parte de la democratización contemporánea en países como México y Colombia en los que desde hace varias décadas presenciamos el impulso de reivindicaciones políticas encarnadas en movilizaciones culturales ciudadanizadas, como es el ejemplo, recuperado en el libro, de la comparsa carnavalesca del cabildo negro cartagenero, recientemente recuperada como símbolo y medio para apuntalar formas de ciudadanía ancladas en pertenencias históricas y culturales específicas, o como es el caso, no recuperado en el libro,

de la red de asociaciones civiles impulsoras del son y el fandango jarocho en Veracruz. Mediante estos eventos –que, centrados en revitalizaciones culturales e identitarias, no dejan de sostener luchas en arenas abiertamente políticas– asistimos a ejemplos ciudadanos de coparticipación en el sector público de la cultura, en los cuales, desde abajo, desde el interés ciudadano, se hace parte en la toma de decisión, diseño y aplicación de políticas culturales, en la proyección de nuevos marcos normativos (como es el caso de la Ley para el desarrollo cultural de Veracruz de 2010) y en la reingeniería institucional cultural.

